



HERMOSA, Antonio. *El hombre tras los hechos. Naturaleza humana y política en la historiografía clásica.* Sevilla: Athenaica Ediciones Universitarias, 2019. 243 págs., ISBN 978-84-17325-68-8 [15 x 21].

No es habitual que los filósofos frecuenten a los historiadores, salvo en aquellas contadas ocasiones en que se interesan por la filosofía de la historia. Lo habitual es que el gremio beba en las fuentes gremiales y que los filósofos reflexionen sobre los filósofos. Antonio Hermosa Andújar es una *rara avis* a quien le ha gustado siempre emprender un vuelo filosófico acompañado tanto de filósofos como de historiadores, bien sea a través de la traducción de autores como Maquiavelo o Guicciardini, Tocqueville o Marx, bien sea a través de la investigación sobre la teoría del estado de Spinoza o el liberalismo de Locke, entre muchos otros vuelos crepusculares. La lista se podría complementar con muchos otros nombres ilustres, como Hobbes o Rousseau, o Diderot y Herzl, y su colaboración con el mundo editorial no ha desatendido tampoco el tender puentes entre España y América, empeño que impulsa también su trabajo como director de la revista *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*.

Antonio Andújar es catedrático de Filosofía Antigua en la Universidad de Sevilla y si bien lo habitual en su trayectoria ha sido la reflexión sobre la filosofía política, a través de realistas políticos como Maquiavelo o Hobbes, o sobre la revolución con Tocqueville o sobre marxismo y sionismo; ahora se asoma al mundo antiguo desde las páginas de historiadores griegos o romanos como Tucídides o Salustio o poetas épicos como Homero y Hesíodo, recopilando en este trabajo artículos publicados anteriormente. Servirse de la historiografía o de la épica es, no obstante, un recurso para iniciarnos en una apasionada y apasionante reflexión sobre la naturaleza humana y su relación con la política —una *cuestión onto-antropológica*, según Hermosa—, y no a través de los textos esotéricos de los filósofos, sino a través de la conducta de los hombres enfrentados a la realidad, a través de la acción, de los hombres tras los hechos, bien a través de un imaginario mítico, Homero o Hesíodo y su reflexión sobre el problema de la justicia, bien a través de historiadores como Tito Livio o Tácito, ya que la historiografía ha dado respuesta a la pregunta filosófico-antropológica por antonomasia: ¿Qué es el hombre? Y ello *tanto en la paz como en la guerra*, contextos en los que los hombres muestran lo mejor y lo peor de sí mismos, y aquí nos viene a la memoria el Sófocles de *Antígona* y quizás se eche en falta en el libro de Hermosa la tragedia griega o incluso la comedia o la lírica, pero a buen seguro que el autor ya ha programado futuros viajes sobre esos procelosos mares y no anda falto de talento, como Odiseo, para hacer frente a tan apasionante aventura del conocimiento.

La primera parte de *El hombre tras los hechos* está dedicada a la problemática de la relación entre la condición humana y la justicia. Los protagonistas son Homero y Hesíodo,



quienes vehiculan a través del hexámetro el vínculo inextricable entre ética y justicia. En el mundo del *épos* y la moral heroica, Homero nos enseña cómo la justicia se desvincula progresivamente de la voluntad individual y cómo el sujeto deja de ser juez y la venganza, la vendetta, es proscrita del mundo de la normatividad y del derecho, un camino que en la Grecia antigua fue no poco tortuoso. La mirada de Hesíodo es más pesimista —realista, si se prefiere—, viviendo él ya en esa edad del hierro en donde la injusticia campa a sus anchas con la connivencia de los reyes devoradores de presentes, siendo el mito de Prometeo una alegoría de la condición humana en lucha permanente por eliminar el mal del mundo y progresar a través de la adaptabilidad permanente a las circunstancias. Es precisamente este recurso lo que define a la naturaleza humana, vertebrada siempre alrededor de la ambigüedad moral y necesitada, por tanto, de la virtud de la justicia para garantizar la convivencia. Es en estas páginas, y no solo en estas, en las que Hermosa nos desvela lo que aparentemente podría parecer una carencia: el olvido de los trágicos, latentes en el texto. Aquí vuelve el autor sobre Esquilo y la revelación a los griegos sobre cómo la civilización se transforma en justicia con la fundación del Areópago de Atenas.

La segunda parte del libro se sumerge en el nada fácil problema de la naturaleza humana y su relación con la política, y precisamente la originalidad de Hermosa estriba en valerse de historiadores para descubrir esa interacción dialéctica del hombre con los hechos históricos. Hermosa parece haber seguido la estela de Nietzsche, sensible a Tucídides y Salustio, y es que el historiador ateniense es seguramente el más filósofo —sofista— de los historiadores del mundo clásico. Hermosa se sirve de Tucídides para tomografiar cómo la democracia ateniense contribuyó a perfeccionar la complejidad del ser humano y a través de la exposición de esa *antropología de la democracia* se nos descubre que *no hay ciudad sin obediencia política*, siendo la obediencia el correlato de la libertad, un aviso para navegantes de que no hay derechos sin deberes, y que la frontera entre la barbarie y la civilización es demasiado tenue para no franquearla temerariamente y caer en la anarquía, el final de la ciudad y del estado, como revela la descripción de *agónica incertidumbre* de la epidemia de peste en Atenas o el crudo ejercicio de realismo político del conflicto entre los atenienses y los melios.

Pasando a Roma, quién mejor para recoger el relevo de Tucídides que el lúcido cronista Salustio, analista de los desvaríos de la libertad, de los usos y abusos del poder y la crisis de la república romana, en donde la voz de Catón actúa como mala conciencia de una sociedad ociosa que vio cómo los valores del *mos maiorum* se corrompían como consecuencia de la ambición desenfrenada de Catilinas, Césares o Pompeyos, pulsión desatada por la creación de un imperio que transformó las lealtades a Roma en lealtades a sus próceres, que la lanzaron a la lucha sangrienta y fratricida de cien años de guerras civiles. Del pesimismo de Salustio al optimismo antropológico de Tito Livio y el relato del infausto episodio de las Horcas Caudinas, hombres y hechos de los que se vale Hermosa para reflexionar sobre el honor, la humillación político-militar y la ignominia de la rendición. Ese amargo recuerdo en el patriotismo romano será cauterizado y sublimado a



través de la creación del derecho como sostén de la política, subordinando la voluntad individual a esa unidad de destino llamada Roma, que hizo de muchos uno, pero que no consiguió que el mal permaneciera latente bajo esa aparente tranquilidad de la *pax Augusta*. Si el honor se restituye con el sometimiento a la ley, esta debe mostrarse siempre vigilante ante el acecho constante de la codicia humana, siendo ahora Tácito otro maestro insigne del realismo político. Cuando la guerra civil era ya solo un recuerdo, pronto despertaron los romanos de ese plácido sueño, quebrada esa *pax romana* desde la muerte de Augusto y la rebelión de las tropas en Panonia y en Germania, en el año de los cuatro emperadores y con la pesadilla que supuso la reactivación de la ambición de poder al optar a la sucesión de Nerón, desde hacía mucho tiempo un déspota desposeído de la virtud de la clemencia que intento enseñarle Séneca. Roma contra Roma, guerra civil y banalización del horror y del mal, convertir el hecho consumado en derecho, confundir entre legalidad y legitimidad, abocando al hombre *a los bajos fondos de nuestra especie*, cuando la dignidad humana es rebajada a la condición de botín de guerra, cuando el ideal recibe un baño dramático de realidad y el miedo y la presura de la cruda cotidianeidad vence de nuevo a la esperanza en una edad de oro, cuando la culpa debe de nuevo recorrer completa la tortuosa senda del perdón y la política debe servir de redención a la moral.

¿Civilización o barbarie? ¿El problema de la gobernabilidad? ¿Voluntad de poder y poder de la voluntad? ¿Banalización del mal? ¿Idealización del bien? ¿Razón o pasión? ¿Múltiples rostros de la justicia o justicia natural?, en definitiva: ¿Qué es el hombre? Antonio Hermosa, valiéndose de la historiografía clásica, radiografía la naturaleza humana y la política, enseñándonos a reconciliarnos con nosotros mismos de la mano de Homero, Hesíodo o Tito Livio, despertando traumáticamente de nuestros nobles sueños con Tucídides, Salustio o Tácito, sombra alargada que alcanzará a Maquiavelo, a Hobbes o a Rousseau, entre muchos otros, autores que laten en el texto, como han latido en el pensamiento y la producción intelectual de Antonio Hermosa durante tantos y tantos años. El reto de enfrentarse al escurridizo problema de la naturaleza humana era hercúleo, valerse de la historiografía clásica para afrontarlo era no poco audaz, el desenlace feliz, y aunque al viajar a lo más profundo de la naturaleza humana de la mano de Tucídides o Salustio suscribamos con Dostoievski que el hombre es la única alimaña del reino de la naturaleza, ni podemos ni debemos perder la esperanza en los seres humanos, siendo imperativo suscribir con Sófocles que nada es tan maravilloso como el propio hombre. Sobre todo ello nos ilustra la historiografía clásica, a través de los hombres y de los hechos, y Antonio Hermosa, como filósofo ilustrado, nos recuerda mediante su reflexión que tras la noche amanece cada día y que nunca está nada irremediadamente perdido con el hombre, porque *es capaz de lo mejor y de lo peor sin salir de sí mismo*.

MANEL GARCÍA SÁNCHEZ
(CEIPAC, Universitat de Barcelona)